

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

*DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA,
D. SERAPIO, D. HERMÓGENES
y D. ELEUTERIO.*⁽¹⁾

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

Y el sueño del Emperador?

DOÑA AGUSTINA.

Y la oracion que hace el Visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece, que no es re-

(1) Saldrán por la puerta del foro.



gular que el Emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas . . .

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre y no hay dificultad en que un Emperador se duerma: porque los vapores húmidos que suben al cérebro . . .

DOÑA AGUSTINA.

Pero usted hace caso de ella? qué tontería! si no sabe lo que se dice . . . y á todo esto, qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán dexé usted, podrán sér ahora . . .

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj, ⁽¹⁾ que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

Oh! pues aun tenemos tiempo: sentémonos, una vez que no hay gente. ⁽²⁾

(1) *Saca el reloj.*

(2) *Siéntanse todos, ménos D. Eleuterio.*

D. SERAPIO.

Qué gente ha de haber? . . . si fuera en otro qualquier dia . . . pero hoy todo el mundo va á la Comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se vé, Comedia nueva, Autor nuevo y . . .

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya todo el mundo la habrá leído y sabe lo que es . . . vaya, no cabrá un alfiler: aunque fuera el Coliseo siete veces mas grande . . .

D. SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo . . . ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro, á que no tienen esta tarde en su Corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

Con que la apuesta se hizo en efecto, eh?

D. SERAPIO.

No, Señor, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... pero cómo les hice rabiarse!.. y qué...

D. ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aquí á la Librería y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

A qué?

D. ELEUTERIO.

No te lo he dicho? si encargué que me traxesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad; vuelve presto.

D. ELEUTERIO.

Al instante. ⁽¹⁾

(1) *Vase.*

DOÑA MARIQUITA.
 Qué inquietud! qué ir y venir! no pá-
 ra este hombre!

DOÑA AGUSTINA.
 Todo se necesita, hija; y si no fuera
 por su buena diligencia y lo que él
 ha minado y revuelto, se hubiera que-
 dado con su Comedia escrita y su tra-
 bajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.
 Y quién sabe lo que sucederá toda-
 vía, hermana? lo cierto es, que yo es-
 toy en brasas: porque, vaya! si la sil-
 van, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.
 Pero por qué la han de silvar, igno-
 rante? qué tonta eres y qué falta de
 comprehension!

DOÑA MARIQUITA.
 Pues: siempre me está usted diciendo
 eso: vaya que algunas veces me...
 ay, D. Hermógenes! no sabe usted

qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de Cielo me tiene á mí impaciente, hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

Suspirado, sí, suspirado! quién le creyera á usted!

D. HERMÓGENES.

Pues quién ama tan de veras como yo? cuándo, ni Píramo, ni Leandro, ni Marco Antonio, ni Orlando furioso, ni Agatocles, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Seleúcidas de Asyria, sintieron jamas un amor comparable al mio?

DOÑA AGUSTINA.

Discreta hipérbole! viva, viva . . . respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

Qué he de responder, Señora? si no le he entendido una palabra.

DOÑA AGUSTINA.

Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien: qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? si yo no sé quién son. Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos: así que su hermano de usted coja esos quartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho y es usted muy guapa muchacha y tiene usted unos ojos muy peregrinos y qué sé yo . . . así: las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza, ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, latin: maldito sea su latin: quando le pregunto qualquiera friolera, casi siempre me responde en latin y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos libros y tantos Autores . . . mire usted qué entenderán los Autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos case-mos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

Qué ignorancia! . . . vaya, D. Hermógenes, lo que le he dicho á usted: es menester que usted se dedique á instruir la y descortezarla, porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios, que no he podido mas: ya se vé, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras; en corregírselas, como usted habrá visto muchas veces; en sugerirle especies, á fin de que salgan con la debida per-

feccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan: el uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que está puerco, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya! yo lo he dicho mil veces, para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

Tormento! vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, qué vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas: la enseñaré la prosodia: haré que copie á ratos perdidos el Arte magna de Raymundo Lulio y que me

recite de memoria todos los Mártes dos ó tres hojas del Diccionario de Rubiños : despues aprenderá los logarithmos y algo de la estática: despues

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado y me llevará Dios. Se habrá visto tal empeño! . . . no Señor : si soy ignorante, buen provecho me haga: yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser y echar un remiendo con curiosidad, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia y de mi marido y de mis hijos y yo me los criaré pues, Señor, no sé bastante? . . . qué por fuerza he de ser Doctora y Marisabidilla y que he de aprender la Gramática y que he de hacer Comedias para qué? para perder el juicio? qué, permita Dios si no parece casa de locos la nuestra,

desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la scena es larga ó corta: siempre contando las letras por los dedos, para saber si los versos estan cabales ó no, si el lance á obscuras ha de ser ántes de la batalla ó despues del veneno y manoteando continuamente Gazetas y Mercurios, para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para rebutir con ellos sus relaciones y entretanto ni se barre el quarto, ni las medias se cosen, ni la ropa se lava y lo que es peor, ni se come, ni se cena. Qué le parece á usted que comimos el Domingo pasado, D. Serapio?

D. SERAPIO.

Yo, Señora, cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues, lléveme Dios, si todo el ban-

quete no se reduxo á una libra de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta y media rosca que sobró del dia anterior y éramos seis bocas á comer: que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion: siempre quejándose de que no come y trabaja mucho; ménos como yo y mas trabajo en media hora que me ponga á corregir alguna scena, ó á arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí, en eso tiene razon mi Señora Doña Agustina: hay gran diferencia de un trabajo á otro y los experimentos quotidianos nos en-

señan, que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto*, se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una Disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos: allí hice ver, que los versos se hacen con la glándula pineal y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index*, é *infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, quando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas dificil hacer un soneto, que pegar un hombrillo y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan

pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos: ya se ve! en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está: sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez, *angustam pauperiem*, que dixo el Profano, de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

Y qué dice el Profano, que no silvarán esta tarde la Comedia?

D. HERMÓGENES.

No, Señora: la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes y los Cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No: pues no decian eso ayer los que encontramos en la Botillería: se acuerda usted, hermana? y aquel mas alto, á fe que no se mordía la lengua.

D. SERAPIO.

Alto? ⁽¹⁾ uno alto, eh? ya le conozco: picaron! vicioso! uno de capa, que tiene un chirlo en las narices: bribon! Ese es un oficial de Guarnicionero, muy apasionado de la otra Compañía: alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silvaran la Comedia de *El Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un Sastre, pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al

DOÑA MARIQUITA.

Qué tonterías está usted ahí diciéndolo! Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

(1) *Se levanta.*

D. SERAPIO.

Mayor gatallon . . . y qué mala vida dió á su muger! pobrecita! lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale: á qué viene cansarse? Este era un Caballero muy decente, que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir: unas ganas tengo de pillar al tal Guarnicionero . . . no irá esta tarde al patio, que si fuera, eh! . . . pero el otro dia, qué cosas le diximos allí en la Plazuela de S. Juan! Empeñado en que la otra Compañia es la mejor y que no hay quien la tosa ⁽¹⁾ y saben ustedes por qué es todo ello? porque los Domingos por la

(1) *Vuelve á sentarse.*

noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez y allí se estan retozando en el recibimiento con la criada: despues les saca un poco de queso ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero pero, no hay remedio, ya estamos prevenidos los Apasionados de acá y á la primera Comedia que echen en el otro Corral, zas, sin remision, á silvidos se ha de hundir la casa, á ver . . .

DOÑA MARIQUITA.

Y si ellos nos ganasen por la mano y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí: te parecerá que tu hermano es lerdo y que ha trabajado poco estos dias, para que no le suceda un chasco. El se ha hecho ya amigo de los principales Apasionados del otro Corral: ha

estado con ellos, les ha recomendado la Comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su Compañía. Además de eso, la Dama de allá le quiere mucho: él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo y qualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido: D. Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca: D. Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario: D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina y vea usted si empieza á espumar aquel puchero y él, yá se ve, lo hace todo con un agrado, que no hay mas que pedir: porque, en fin, el que necesita es preciso que . . . y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para qualquier cosa y es tan servicial con todo el mundo . . . qué! silvar! . . . no, hija, no hay que temer: á bue-

nas aldabas se ha agarrado él para que le silven!

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues, ya se ve: figúrese usted una Comedia heróyca, como ésta, con mas de nueve lances que tiene, un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de Ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado: figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

Toma, si gustará.

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mi me parece, que unas Comedias así, debian representarse en la Plaza de los Toros.

SCENA II.

D. ELEUTERIO y dichos.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, qué dice el Librero? se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora

DOÑA AGUSTINA.

Dexa, me parece que voy á acertar: habrá vendido cuándo se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana: tres ó quatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah! y cuide usted ⁽¹⁾ que les pongan buen engrudo, porque si no

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy ya en todo; como que yo mismo le hice con esa mira y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El Diario y la Gazeta la han anunciado ya: es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos quinientos exemplares.

D. SERAPIO.

Qué friolera! y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

He acertado?

(1) *Vuelve á levantarse.*

D. SERAPIO.

Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No, Señor, no es verdad: la verdad es, que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres exemplares y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

Tres no mas? harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo: poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino relativamente: y así, si los tres exemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relacion á nueve y baxo este respecto los dichos tres exemplares se llaman *poco*; tambien estos mis-

mos tres exemplares, relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la qual podemos llamar *mucho*, por la diferencia que va de uno á tres: de donde concluyo, que no es poco lo que se ha vendido y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

Qué! si en poniéndose á hablar este hombre....

DOÑA MARIQUITA.

Pues: en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde y que dos y dos son veinte y cinco: yo no entiendo tal modo de sacar cuentas: pero al cabo y al fin, las tres Comedias que se han vendido hasta ahora, serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad: y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales, quando esperabamos montes de oro con la tal impresion! Ya voy yo viendo, que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura... pobrecita de mí! ⁽¹⁾

D. HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas, que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

Perlas! si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

(1) *Llorando.*

SCENA III.

D. ANTONIO y dichos.

D. ANTONIO.

A la orden de ustedes, Señores.

D. ELEUTERIO.

Pues cómo tan presto! no dixo usted que iria á ver la Comedia?

D. ANTONIO.

En efecto he ido allí queda Don Pedro.

D. ELEUTERIO.

Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo: que quieras que no, le he ⁽¹⁾ acomodado en el palco de unos

(1) *Sale Pipi por la puerta del foro con algunos platos, vasos y botellas, dexándolo todo sobre el mostrador.*

amigos. Yo creí tener luneta segura ; pero, qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos: no hay asiento en ninguna parte .

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dixere .

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay .

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla: yo tengo palco: véngase usted con nosotros y todos nos acomodaremos .

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfacción, Caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atención; pero ya no es cosa de volver allá: quando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que . . .

D. SERAPIO.

La tonadilla? (1)

DOÑA MARIQUITA.

Qué dice usted?

D. ELEUTERIO.

La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

Pues cómo han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, Señora: han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser: si ahora serán...

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré: (2) las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

Hombre, qué tres y media! su reloj de usted está siempre en las tres y media.

(1) *Se levantan todos.*

(2) *Saca el reloj.*

DOÑA AGUSTINA.

A ver... (1) si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad: esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado y nos ha hecho usted perder la mitad de la Comedia... vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

Cuidado, que es cosa particular! Voto va sanes! la casualidad de....

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto: y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aquí está.

D. ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo Acto.

(1) *Mirando el reloj de D. Hermógenes.*

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este Don Hermógenes!...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, Caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

D. SERAPIO.

A bien, que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos
así fiados en

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de Don
Hermógenes.

SCENA IV.

D. ANTONIO y PIPÍ.

D. ANTONIO.

Con que estas dos son la hermana
y la muger del Autor de la Comedia?

PIPI.

Sí, Señor.

D. ANTONIO.

Qué paso llevan! ya se ve, se fiaron
del relox de D. Hermógenes!

PIPI.

Pues yo no se qué será: pero desde
la ventana de arriba se ve salir mu-
cha gente del Coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán so-
focados: quando yo me vine queda-
ban dando voces para que les abrie-
sen las puertas: el calor es muy gran-

de y por otra parte , meter quatro donde no caben mas que dos , es un despropósito ; pero lo que importa es cobrar á la puerta y mas que rebienten dentro .

SCENA V.

D. PEDRO y dichos.

D. ANTONIO.

Calle! ya está usted por acá? pues y la Comedia , en qué estado queda?

D. PEDRO.

Hombre , ⁽¹⁾ no me hable usted de Comedia! que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO.

Pero qué ha sido ello? ⁽²⁾

(1) *Siéntase.*

(2) *D. Antonio se sienta junto á D. Pedro.*

D. PEDRO.
 Qué ha de ser? que he tenido que sufrir, gracias á la recomendacion de usted, casi todo el primer Acto y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre: hallé la ocasion de escapar y la aproveché.

D. ANTONIO.

Y qué tenemos en quanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el Teatro, desde que las Musas de guardilla le abastecen. En fin, ya salí... y sobre todo, yo me tengo la culpa de haber cedido á la importunidad de usted... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías: á mí no me divierten; al contrario, me llenan de... de... No, Señor, á mí mas me gusta qualquiera

de nuestras Comedias antiguas, por malas que sean. Estan desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez: tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar quantos desaciertos han precedido. Ahora, compare usted nuestros Autores adocenados de hoy dia con los antiguos y dígame usted, si no valen mas Calderon, Solís, Roxas, Moreto quando deliran, que estotros quando hablan en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, Sr. D. Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el Pueblo, el pobre Pueblo, sufre con paciencia ese espantable Comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el Autor quisiera: porque algunas veces se ha levantado en el pátio una mareta sorda, que traia visos de tempestad: en fin, se acabó el Acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza: porque aunque el Público está ya muy acostumbrado á oír disparates; tan garrafales como los de hoy jamas se han visto.

D. ANTONIO.

Qué dice usted?

D. PEDRO.

Es increíble. Allí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexôs, caractéres mal expresados ó mal escogidos: en vez de artificio, embrollo: en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica... y el estilo! quan.

do debe ser noble y afectuoso, es obscuro, campanudo y hueco: quando debe ser sencillo y gracioso, es chavacano y frio. La moral, no la busque usted, ni en la fábula ni en los caracteres: allí no hay otra moral que la que inoportunamente se vierte en unas largas Misiones, que no son otra cosa los soliloquios de que está llena la tal Comedia; pero qué moral! ya se ve! qué moral ha de enseñar el Poeta que no haya estudiado el corazón del hombre: que no haya observado de qué manera influyen en el carácter particular de cada individuo el temperamento, la edad, la educación, el interes, la legislacion, las preocupaciones y costumbres públicas? Si ignora esto y carece al mismo tiempo de aquella sensibilidad con que un buen Poeta sabe revestirse de los mismos afectos que finge é

identificarse con los caracteres que copia de la naturaleza, qué doctrina moral ni qué ilusion deberá esperarse?

D. ANTONIO.

En efecto, es así: y aun por eso, quando el Teatro debiera ser la escuela de las costumbres y el templo del buen gusto, es entre nosotros la escuela del error y el almahacen de las extravagancias.

D. PEDRO.

Pero, no es fatalidad, que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la Nacion, sobre los vicios del Teatro y necesidad de su reforma y á vista de los progresos que ha hecho en Europa la Poesía Dramática, todavia se han de ver en nuestra scena espectáculos tan infelices? Qué pensarán de nuestra cultura los extrangeros que vean la Comedia de esta tarde? qué dirán

quando vean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo D. Pedro: ni usted ni yo podemos remediarlo. Ello es cierto, que nuestro Teatro está en el mayor abandono, ni hay hombre de buena razon que lo ignore: su reforma es urgente y fácil: nuestros mejores ingenios no solo han declamado contra él, sino que han dado exemplos, ya en la carrera cómica y ya en la trágica, del modo con que se debería escribir: el Público ha reconocido el mérito de estas obras; pero el Teatro sigue, como siempre, en un estado lastimoso. Y qué haremos? reir ó rabiar no hay otra alternativa. . . . pues yo mas quiero reir, que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, Señor D. Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservación de los Imperios: el Teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido y yo soy muy Español.

D. ANTONIO.

Con todo, quando se ve que ... pero, qué novedad es ésta?

SCENA VI.

*D. SERAPIO, despues D. HERMÓGENES
y dichos.*

D. SERAPIO.

Pipi? muchacho? corriendo, por Dios,
un poco de agua.

D. ANTONIO.

Qué ha sucedido? (1)

D. SERAPIO.

No te páres en enjuagatorios, a-
prisa.

PIPI.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

(1) *Se levantan D. Pedro y D. Antonio.*

PIPI.

Por vida del hombre! ⁽¹⁾ por qué no mira usted?

D. HERMÓGENES.

No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir odontálgico, alkali volátil, ether vitriólico, ó qualquiera quinta esencia, que pueda servir para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no tráigo.

D. PEDRO.

Pero qué ha sido? es accidente?

(1) *Pipi va detrás de D. Serapio con un vaso de agua: al llegar á la puerta tropieza con D. Hermógenes, que sale apresurado: le atropella y dexa caer el vaso y el plato.*

SCENA VII.

(¹) *DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA,*
D. ELEUTERIO, D. SERAPIO
y dichos.

D. ELEUTERIO.

Sí, es mucho mejor hacer lo que dice D. Serapio.

D. SERAPIO.

Pues ya se ve: anda, Pipi, en tu cama podrá descansar esta Señora y...

PIPI.

Qué! si está en un camaranchon, que...

D. ELEUTERIO.

No importa.

(1) *Doña Agustina saldrá muy acongojada, sostenida por D. Serapio y D. Eleuterio: la sientan en una silla: Pipi traerá otro vaso de agua y ella bebe un poco.*

PIPI.

La cama! la cama es un gergon de arpillera y

D. SERAPIO.

Qué quiere decir eso?

PIPI.

Y huele todo aquello, que

D. ELEUTERIO.

No importa nada: allí estará un rato y veremos si es cosa de llamar á un Sangrador.

PIPI.

Yo, bien: si ustedes

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

Se siente usted mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

Ya se ve, el lance no era para ménos!

D. ANTONIO.

Pero se podrá saber qué especie de insulto ha sido éste?

D. ELEUTERIO.

Qué ha de ser, Señor! qué ha de ser! que hay gente envidiosa y mal intencionada, que . . . vaya! no me hable usted de eso, porque picarones! cuándo han visto ellos Comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprehender

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla: el Señor es hermano mio, marido de esta Señora y Autor de esa maldita Comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: quando llegamos estaban ya en el segundo Acto: allí habia una tempestad y luego un consejo de guer-

ra y luego un bayle y despues un entierro; en fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano y ella y el chico rabiaban de hambre: el muchacho decia: madre, déme usted pan y la madre invocaba á Demorgogon y al Cancérbero Pues, Señor, al llegar nosotros se empezaba este lance de madre y hijo: el pátio estaba tremendo: qué oleadas, qué toser, qué estornudos, qué bostezar, qué ruido confuso por todas partes! Pues, Señor, como digo, salió la Dama y apénas hubo dicho que no habia comido en seis dias y apénas el chico empezó á pedirla pan y ella á decirle que no le tenia; quando, para servir á usted, la gente, que á la cuenta estaba ya ostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del bayle y del entierro, comenzó de nuevo á alboro-

tarse: el ruido se aumenta: suenan bramidos por un lado y otro y comienza tal descarga de palmadas huecas y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo: corrieron el telon, abrieron las puertas, salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon de manera, que en fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto en un instante: entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. Válgame Dios! en lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo, que era imposible que (1)

D. ELEUTERIO.

Y qué no ha de haber justicia para

(1) *Se sienta.*



esto! D. Hermógenes, amigo D. Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza: informe usted á estos Señores: ⁽¹⁾ tome usted, léales usted todo el segundo Acto y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse y si es mal parecido, que un chico de quatro años pida pan á su madre: lea usted, lea usted y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo D. Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama: estoy de prisa: ⁽²⁾ nos veremos otro dia y

D. ELEUTERIO.

Se va usted?

(1) *Saca la Comedia y se la da á D. Hermógenes.*

(2) *Dexa la Comedia sobre una mesa.*

DOÑA MARIQUITA.

Nos dexa usted así?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aquí; pero . . .

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo; tengo que hacer. En quanto á la Comedia, nada hay que decir; murió y es imposible que resucite: bien que yo estoy escribiendo ahora una Apología del Teatro y la citaré con elogio: diré que hay otras peores: diré que si no guarda reglas ni conexiön, consiste en que el Autor era un grande hombre: callaré sus defectos

D. ELEUTERIO.

Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fué para animarle

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala, por qué no se lo dixo? Por qué, en vez de aconsejarle que se dexara de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del Autor y le persuadia que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el Señor carece de criterio y sindéresis para comprehender la solidez de mis racionios, si por ellos intentara persuadirle que la Comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

Con que es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, Sr. D. Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No, Señora, no se chancea: en eso dice la verdad: la Comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, Caballero; que una cosa es que el Señor lo diga por gana de fiesta y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo: usted será de los eruditos que de todo blasfeman y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero

D. PEDRO.

Si usted ⁽¹⁾ es marido de esa Señora, hágala usted callar: porque aunque no puede ofenderme quanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de materias que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

No entiendo? quién le ha dicho á usted que ⁽²⁾

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones: ya ves cómo estás . . . Válgame Dios, Señor! pero, amigo, no sé qué pensar de usted. ⁽³⁾

D. HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera: yo pienso de su obra lo que ha pensado el Público; pero soy su amigo de usted y

(1) *A D. Eleuterio.*

(2) *Se levanta colérica y D. Eleuterio la hace sentar.*

(3) *A D. Hermógenes.*

aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle á usted una pesadumbre: porque, como dice Platon y el Abate Lampillas...

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran: lo que yo digo es, que usted me ha engañado como á un Chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, cómo me dice usted ahora eso? Cómo ha tenido usted corazon para exponerme á los silvidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía; por qué no le anima á usted

el exemplo? No ve usted esos Autores que componen para el Teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vayvenes de la fortuna? Escriben, los silvan y vuelven á escribir; vuelven á silvarlos y vuelven á escribir oh, almas grandes! para quienes los chiflidos son arullo y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

Y qué quiere usted decir con eso? . . .⁽¹⁾ ya no tengo paciencia para callar mas . . . qué quiere usted decir? que mi pobre hermano vuelva otra vez . . .

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es, que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios y haga usted cuenta que no nos ha conocido

(1) *Se levanta con impaciencia.*

Picardía! no sé cómo no me tiro
á él . . . (1) váyase usted.

D. HERMÓGENES.

Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

D. ELEUTERIO.

Picaron!

D. HERMÓGENES.

Canalla infeliz!

(1) *Se levanta muy enojada, encaminándose ácia D. Hermógenes: D. Serapio la contiene.*

SCENA VIII.

Los mismos, ménos D. HERMÓGENES.

D. ELEUTERIO.

Ingrato! embustero! ⁽¹⁾ despues de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA.

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar . . . si lo dixese; si me lo daba el corazon. Mire usted qué hombre! despues de haberme traído en palabras tanto tiempo y, lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el Boticario, que á lo ménos es hombre de bien y no sabe latin, ni se mete en citar Autores, como ese bribon. Pobre

(1) *Se sienta, haciendo ademanes de abatimiento y dolor.*

de mí! con diez y seis años que tengo y todavía estoy sin colocar, por el maldito empeño de ustedes, de que me habia de casar con un Erudito, que supiera mucho: mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone), quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele usted, Señorita, que todo se compondrá: usted tiene mérito y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia la necesito yo, ⁽¹⁾ que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

(1) *Se levanta con viveza.*

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, que no has de reflexionar

D. ELEUTERIO.

Calla, muger, calla por Dios; que tú tambien

D. SERAPIO.

No, Señor, el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo; pero yo le aseguro al Guarnicionero y á sus camaradas, que si llegamos á pillarlos, solfeo de moxicones como él que han de llevar, no le la Comedia es buena, Señor, créame usted á mí; la Comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido y

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la Comedia no es tan mala y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me

D. PEDRO.

Todavía está usted en esa equivocación, Señor D. Eleuterio?

D. ANTONIO.

Déxele usted. ⁽¹⁾

D. PEDRO.

No quiero dexarle: me da compasion y sobre todo, es demasiada necedad, despues de lo que ha sucedido, que todavia esté creyendo el Señor que su obra es buena. Por qué ha de serlo? qué motivos tiene usted para acertar? qué ha estudiado usted? quién le ha enseñado el arte? qué modelos se ha propuesto para la imitacion? No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa y que sin estas

(1) *A D. Pedro.*

circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes artífices, porque nadie sabe sin aprender? Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? Qué? no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al Teatro y ya soy Autor? Qué no hay mas que escribir Comedias? Si han de ser como la de usted, ó como las demás que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion contínua, sensibilidad, juicio exquisito y todavia no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO.

Bien está, Señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo es por ver que todo se me descompone; que he perdido mi tiempo; que la Comedia no me vale un cuarto; que he gastado en la impresion lo que no tenia y

D. ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO.

No se venderá, no Señor; el Público no compra en la Librería las piezas que silva en el Teatro; no se venderá.

D. ELEUTERIO.

Pues, vea usted, no se venderá y pierdo ese dinero y por otra parte . . . válgame Dios! . . . Yo, Señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal Poeta, seré un zopenco pero soy hom-

bre de bien. Ese picaron de D. Hermógenes ⁽¹⁾ me ha estafado quanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos, me ha metido en nuevos gastos y me dexa imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga y arreglándose á una buena economía

DOÑA AGUSTINA.

Qué empleo, ni que facultad, Señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO.

Ninguna?

D. ELEUTERIO.

No Señor; yo estuve en esa Lotería

(1) *Dirá esto con mucho sentimiento.*

de ahí arriba: despues me puse á servir á un Caballero Indiano; pero se murió, lo dexé todo y me metí á escribir Comedias, porque ese D. Hermógenes me engatusó y

DOÑA MARIQUITA.
Maldito sea él.

D. ELEUTERIO.
Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado y con una hermana y con aquellas criaturas.

D. ANTONIO.
Quántas tiene usted?

D. ELEUTERIO.
Quatro, Señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO.
Hijos tiene? qué lástima! (1)

D. ELEUTERIO.
Pues si no fuera por eso

(1) *Aparte, con ternura.*

D. PEDRO.

Infeliz! Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos, ya no los tengo: pero sé lo que es el corazon de un padre dígame usted, sabe usted contar? escribe usted bien?

D. ELEUTERIO.

Sí, Señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo porque yo, Señor, he sido Page . . . allí, como digo, no habia mas Mayordomo que yo: yo era el que gobernaba la casa, como, ya se ve, estos Señores no entienden de eso y siempre me porté como todo el mundo sabe: eso sí, lo que es honradez y vaya! ninguno ha tenido que

D. PEDRO.

Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO.

En quanto á escribir, yo aprendí en los Esculapios y luego me he soltado bastante y sé alguna cosa de ortografía aquí tengo ⁽¹⁾; vea usted: ello está escrito algo de prisa, porque ésta es una tonadilla, que se habia de cantar mañana ay Dios mio!

D. PEDRO.

Me gusta la létra, me gusta.

D. ELEUTERIO.

Sí Señor: tiene su introduccioncita; luego entran las coplillas satíricas con su estrivillo y concluye con las

D. PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso: quiero decir que la forma de la letra es muy buena; la tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la Comedia.

(1) Saca del bolsillo un papel y se le da á D. Pedro.

D. ELEUTERIO.

Ya.

D. PEDRO.

Es menester que se dexé usted de esas tonterías.

D. ELEUTERIO.

Ya lo veo, Señor; pero si parece que el enemigo

D. PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos: ésta es una condicion precisa que exíjo de usted. Yo soy rico: muy rico y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos, necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

D. ELEUTERIO.

Señor, qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

De veras, Señor vágame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

De veras?

D. PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid: acabo de colocar á un mozo de mérito que entendia en el gobierno de ellas: usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi Mayordomo, que es hombre honradísimo y desde mañana puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta Señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe quanto hay que saber y quanto conviene á una muger de su estado y

sus obligaciones. Usted, Señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de D. Hermógenes; porque segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto algun hombre de bien, que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo: además, yo tengo muy buenos amigos en la Corte y créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter; pero tengo el corazon muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

Qué bondad! (1)

D. ELEUTERIO.

Qué generoso!

(1) D. Eleuterio, su muger y Doña Mariquita quieren arrodillarse; él lo estorba y los abraza.

D. PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza desvalida, evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion, no hace mas.

D. ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

D. PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO.

Perdone usted, Señor, las locuras que he dicho y el mal modo

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO.

No hablemos de eso.

D. ANTONIO.

Ah, D. Pedro! qué lección me ha dado usted esta tarde!

D. PEDRO.

Usted se burla: qualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

D. PEDRO.

Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos, no es verdad?

D. ANTONIO.

Quién no querrá ser amigo de usted?

D. SERAPIO.

Vaya, vaya! yo estoy loco de contento.

D. PEDRO.

Mas lo estoy yo: porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa Comedia ⁽¹⁾; no se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

(1) *Al ver la Comedia, que dexó sobre la mesa D. Hermógenes.*

D. ELEUTERIO.

Mal haya la Comedia, ⁽¹⁾ amen y mi docilidad y mi tontería: mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo quanto tengo impreso y manuscrito y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajueta.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el exemplo y la falta de instruccion, le han hecho escribir despropósitos: el Público le ha dado una leccion muy dura; pero muy útil, puesto que por ella se desengaña. Oxalá los que hoy tiranizan y

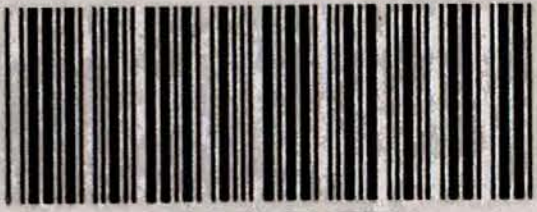
(1) *Haciéndola pedazos.*

corrompen el Teatro, por el maldito furor de ser Autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse.

2nd

FUT

RH1550



1084127

ll

